SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Rogelio Maestre



AL SANTO POR LA PEANA



JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

MADRID

Paseo del Prado, 11, Hotel

1903

AL SANTO POR LA PEANA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

AL SANTO POR LA PEANA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Rogelio Maestre

Estrenado en el Teatro-Circo de Zaragoza el 8 de Junio de 1903



ZARAGOZA
TIPOGRAFÍA DE EMILIO CASAÑAL, COSO, 86

1903

Cuatro palabras y... pico

Sería injusto si no hiciera constar aquí mi agradecimiento al Sr. D. José González por el cariño con que recibió y dirigió esta obra y á los amables artistas de su Compañía que la interpretaron á maravilla, trabajando con verdadero empeño y acierto para llegar al feliz éxito que obtuvimos, no pequeña parte del cual alcanza al celebrado autor y querido amigo mío Alberto Casañal, que me substituyó, con grandes ventajas para mí, en la dirección de los ensayos.

A todos dá expresivas gracias y les queda muy reconocido

El Autor.

REPARTO

DOÑA FELISA.	SRA. VÁZQUEZ (J.)
ISABEL	SRTA. ORDÓÑEZ (A.)
MARÍA.	» SANTONCHA (A.)
DON SANTIAGO.	SR. CHAVES (P.)
EL CORONEL.	» AGUADO (S.)
JULIO . . , ...	» ESTRELLA (F.)
LORENZO.	» LÓPEZ (R.)

Época actual.

La acción en una quinta de verano.

Derecha é izquierda las del público.



ACTO ÚNICO

La escena representa el jardín de una quinta. Pabellón á la derecha y á la izquierda otro con puertas de entrada y ventanas que darán el frente al público, todo practicable. Debajo precisamente de las ventanas bancos rústicos. Al fondo puerta de verja que se supone dar al camino. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en escena: á la izquierda sentado en el banco, JULIO, leyendo un libro de poesías, este personaje que es peota y vestirá ridículamente, hablará siempre con tono pedantesco y romántico A su lado y sentado en el mismo banco, el CORONEL, vestido de paisano; hablará con naturalidad y sin afectación. Un poco más lejos y hacia el medio de la escena, D. SANTIAGO, leyendo un periódico, sentado en una mecedora. Este personaje es de carácter irascible, expresándose con violencia que revela desde luego su mal carácter. A la derecha y sentadas sobre el banco, D.ª FELISA, esposa de D. SANTIAGO, de unos cuarenta años, tiene buen carácter, estará haciendo crochet ú otra labor. A su lado y sentada también en el mismo asiento, ISABEL, joven de veinte años, de carácter bueno, algo melancólica y romántica, estará haciendo encaje de bolillos. Levantado el telón habrá una breve pausa.

D.ª FELISA — ¿Se está V. durmiendo, Coronel?

CORONEL — Casi, casi. Esta parece la tertulia del silencio. Ustedes entretenidas en la labor, no dicen una palabra; su esposo se está echando al cuerpo hasta los cuarenta y tantos medicamentos del doctor Munyon y el poeta, sin querer hablar, está devorando un tomo de coplas.

JULIO — Coronel; no son coplas lo que leo, son «Los ayes» de un poeta americano.

CORONEL ¿Y todo ese libro son ayes? Pues diga V. que su autor se habrá pasado la vida quejándose.

D. SANTIAGO Yo estoy leyendo el crimen de ayer.

ISABEL ¿Qué ha sido, papá?

D. SANTIAGO Un marido, que por celos, le ha dado á su mujer catorce puñaladas mortales de necesidad.

D.ª FELISA ¡Qué barbaro!

JULIO ¡Vandálico ensañamiento!

D. SANTIAGO Pues hizo muy bien. Cuando una esposa falta á sus deberes, el marido tiene el derecho de vengar en ella la ofensa que se le infiere.

D.ª FELISA ¡Qué brutos son los hombres!

JULIO Gracias, señora.

D.ª FELISA ¡Ah! Ustedes dispensen.

CORONEL Pues yo entiendo que en este caso procede más bien matar al amante.

ISABEL Es claro: al hombre siempre.

JULIO Pues yo no lo creo así. Ni al uno ni al otro. El crimen es siempre punible y nunca existen causas bastantes que lo justifiquen.

ISABEL (Aparte) ¡Qué bien habla este joven!

D. SANTIAGO Hombre, quisiera yo ver lo que hacía V. si su mujer se la pegaba.

JULIO Lo primero, adquirir la certidumbre de la traición, y cuando tuviera el convencimiento de ello, la diría cuando acabara de peinarse y de vestirse, si era por la mañana: (con tono parlamentario y en pie) «Lo sé todo, desdichada. Has arrojado al arroyo mi honor, cual si fuera un chaleco inservible, la vida colectiva entre los dos es ya imposible; has muerto para mí psicológicamente; entre nosotros hay un abismo infranqueable por tu ex-

travío abierto... (transición) Coje la mantilla y vete.

D.ª FELISA ¡Muy bien!

ISABEL ¡Admirable!

CORONEL (Aparte) Este chico es tonto.

D. SANTIAGO Pues yo, si ésta me faltara, del primer estacazo la estropeaba todos los encantos físicos y morales.

D.ª FELISA Santiago, eres un irracional.

D. SANTIAGO Soy un hombre que no admite segundas partes en el matrimonio, y que no consentiré que me la pegues. Ya sabes que vivo prevenido.

ISABEL Pero papá: ¿á qué viene eso?

D. SANTIAGO Viene á que tu madre es una vieja verde que me tiene muy escamado.

D.ª FELISA ¡Santiago, mira lo que dices!

CORONEL Pero hombre, no diga V. tonterías.

JULIO Yo me voy; no puedo ver esto. Es antiestético (se vá cómicamente por el fondo).

D. SANTIAGO Sé muy bien lo que hablo y el día menos pensado....

D.ª FELISA Vámonos hija. Este hombre es atroz.

ISABEL Sí, vamos mamá.

D. SANTIAGO Yo soy el que se va, para no verte. (Sale fondo con visible mal humor)

D.ª FELISA Caballero, por Dios; yo le ruego que no haga caso de lo que ha dicho mi marido. Es un celoso de toda la vida.

CORONEL Ya lo he comprendido. La compadezco á usted.

D.ª FELISA Ya puede V. compadecerme. (Entra con Isabel en el pabellón de la derecha)

ESCENA SEGUNDA

El CORONEL y LORENZO que sale por el fondo con aire contristado. Este personaje viste ridículamente y es tímido y lamentablemente tonto. Hablará con voz de falsete.

LORENZO Buenos días, coronel

CORONEL Hola, pollo, ¿qué hay?

LORENZO Lo de siempre; disgusto, tristeza y desolación. ¡Ay!

CORONEL Demonio ¿también V. es poeta?

LORENZO Ojalá, que entonces podría desahogar mi dolor en seguidillas con estribillo.

CORONEL Pero, hombre ¿qué le pasa á V.?

LORENZO ¡Ay mi coronel! Yo amo como la tórtola á su nido.

CORONEL ¿Y quién es ella?

LORENZO Una joven ideal que hace encaje de bolillos como pocas.

CORONEL Si no me da V. otras señas.

LORENZO ¡Ah! (Con entusiasmo) Tiene unos ojos que son dos manchas de tinta, unos labios que son carmín, un pelo que es azabache, unos dientes que son perlas.

CORONEL Pues hombre, diga V. que se ha enamorado de una mesa revuelta.

LORENZO Es divina.

CORONEL Bueno; pero ¿quién es?

LORENZO La joven de ese pabellón.

CORONEL ¿Isabelita?

LORENZO Sí; desde que vino á esta quinta, ya no me sienta bien el agua, ni la ropa.

CORONEL ¿Por qué?

LORENZO Porque estoy adelgazando. ¡Ah!

CORONEL ¿Y no es V. correspondido?

LORENZO No lo se.

CORONEL ¿Así estamos?

LORENZO Sí; no me he atrevido á declararme por temor á que me diera la vara de San Roque.

CORONEL Pues si espera V. á que se declare ella...

LORENZO No; eso sería demasiada felicidad.

CORONEL ¿Quiére V. que yo le dé un consejo?

LORENZO Se lo agradecería á V. tanto, como si me regalara una fototipia de la serie octava.

CORONEL Pues oiga V. Yo á su edad cuando he querido á una muchacha, lo primero que he hecho ha sido la conquista de la madre. Esto siempre es de un resultado positivo. Á las madres generalmente, nadie les hace caso, así que cuando hay uno que las alhaga, le toman cariño, y hablan de él con elogio delante de la muchacha que acaba por participar de los entusiasmos y simpatías de la madre. El, entretanto, sin decir nada á la chica, la envía flores y versos, que la previenen en favor del que tan discretamente se las envía, y cuando llega el momento de presentarse, el terreno está abonado ¿Entiende V.?

LORENZO No señor

CORONEL Quiero decir que hay que adorar al santo por la peana ¿Entiende V.?

LORENZO No señor

CORONEL (Amoscado) ¿Pero V. es tonto?

LORENZO Sí, señor.

CORONEL Pues á despavilarse. (Váse mal humorado por el fondo.)

LORENZO (Recapacitando) Que debo enviarla versos, flores, conquistar á la madre y adorar al santo por la peana. ¡Caramba! Todo eso es muy difícil.

ESCENA TERCERA

LORENZO y JULIO. Este que sale sin advertir al otro lee en voz alta los versos del libro que lleva en las manos.

JULIO «Lanza un ¡ay de dolor! el alma herida
Exhala un ¡ay! el pecho dolorido
Todo el que dice ¡ay! en esta vida
Es prueba y es señal que le ha dolido.

LORENZO ¡Qué verdad más grande!

JULIO Buenos días, amigo.

LORENZO Sí; buenos días estoy pasando yo.

JULIO Paréceme que estais triste. ¿Teneis pesares?

LORENZO Sí.

JULIO ¿Qué os ocurre?

LORENZO Que estoy enamorado y que para conseguir el sí de la mujer amada, tengo que hacer unas cosas muy difíciles.

JULIO ¿Y cuáles son?

LORENZO Lo primero, hacer versos.

JULIO Eso es fácil.

LORENZO Enviar flores.

JULIO También es factible, habiéndolas.

LORENZO Y luego adorar por la peana á no sé qué santo.

JULIO Será San Expedito.

LORENZO No lo sé.

JULIO Los versos yo os los haré.

LORENZO ¿De veras?

JULIO Os lo prometo.

LORENZO Oh, gracias, muchas gracias ¿Quiere V. tomar algo?

JULIO Lo agradezco; pero entre horas no tomo nunca nada.

LORENZO Bueno; pero además tengo también que conquistar á la madre.

JULIO Pues conquístela V.

LORENZO ¿Y si no puedo?

JULIO No la conquiste V.

LORENZO Hombre me ha sacado V. de una duda.

JULIO Y dígame: ¿Como quiere V. los versos?

LORENZO En letra grande, para que los lea bien.

JULIO No digo eso, sino que cómo han de ser ¿si alegres ó tristes?

LORENZO Hombre... (dudando) ¿cómo le parecen á V. mejores?

JULIO A mí tristes. Llegan más al alma.

LORENZO Y eso ¿por qué?

JULIO Porque estimulan más el sentimiento y el llanto á los ojos va más facilmente.

LORENZO Pues entonces tristes; que la hagan llorar mucho, así si me dice que no ya le he dado yo antes un disgusto.

JULIO ¿Y es bonita vuestra amada?

LORENZO Como un San Perfecto.

JULIO Ojos negros.

LORENZO Como los calamares en su tinta.

JULIO Boca sonrosada.

LORENZO Como una rosa de verdad.

JULIO Nariz griega.

LORENZO No; eso no; creo que es de Soria.

JULIO ¡Ah! (Con entusiasmo) Ya me parece verla.

LORENZO Bueno, yo me voy por las flores mientras V. hace eso ¿eh?

JULIO Sí, vaya V.

LORENZO Pues hasta luego. (Váse foro).

ESCENA CUARTA

JULIO é ISABEL. Esta sale sin verle

ISABEL Me las habré dejado por aquí. (Buscando en el mismo sitio donde estuvo trabajando.)

JULIO Por lo que veo busca V. algo que no encuentra.

ISABEL Sí; las tijeras.
JULIO ¿Quiere V. que la ayude en sus pesquisas?
ISABEL Muchas gracias. (Aparte.) Es muy fino este joven.
JULIO Viéndola á V. inclinada hacia el suelo, me parecía V. una palmera tronchada por el viento.
ISABEL ¿Es V. poeta?
JULIO No tanto como Virgilio; pero lo soy.
ISABEL (Con admiración.) ¡Y escribe V. muchos versos!
JULIO No tanto como el Tostado.
ISABEL ¡Ay, á mí los versos me gustan mucho!
JULIO ¡Y como no! siendo la poesía reflejo de la belleza y V. muy bella.
ISABEL Muchas gracias.
JULIO Poesía y belleza. He ahí el amor.
ISABEL ¿El amor dice V?
JULIO Sí, ese sentimiento indefinible, que todos sienten y nadie expresa bien, que es como dice el autor de los «Ayes», afecto que empieza en una joven seráfica y acaba en una suegra endemoniada.
ISABEL Yo tendría mucho gusto en leer algo de V.
JULIO Yo también tendré un placer en que sea V. mi lectora.
ISABEL ¿Me enviará V. alguna poesía?
JULIO Y el alma y el corazón y la vida con ella.
ISABEL Eso es mucho.
JULIO Corte V. por donde quiera.
ISABEL Pues conste que los espero.
JULIO No tardarán en llegar á sus manos.
ISABEL Confío en su palabra.
JULIO Y yo en su benevolencia.
ISABEL Pues hasta la vista. (Entrando en el pabellón).
JULIO ¡Adiós! (Váse foro.)

ESCENA QUINTA

El CORONEL y D. SANTIAGO

CORONEL Pero hombre, no sea V. así

D. SANTIAGO Es inútil cuanto haga V. para convencerme. La ley fatal tiene que cumplirse.

CORONEL ¿Pero V. ha visto algo en su mujer que pueda inspirar recelo?

D. SANTIAGO Todavía no; pero lo veré

CORONEL ¿Pues qué es lo que le hace sospechar?

D. SANTIAGO Muchos detalles. Siendo novios reñimos dos veces por causa de dos primos suyos

CORONEL Bueno ¿Y qué?

D. SANTIAGO Que á mí los primos me han dado siempre muy mala espina. Desde entonces adquirí el convencimiento de que había de pegármela.

CORONEL Eso es una preocupación.

D. SANTIAGO Tal vez lo sea; pero el día en que la sorprenda en el menor desliz, la doy quince puñaladas, una detrás de otra.

CORONEL ¡Qué atrocidad!

D. SANTIAGO Yo no vivo, yo no duermo, ni bebo, ni como, ni chupo como el que come nísperos. Mi vida es un infierno, un infierno, sí señor.

CORONEL ¡Estará V. asado!

D. SANTIAGO A la sola idea de que otro hombre la..... me..... el fantasma del crimen pasa por mis ojos, oleadas de fuego me encienden y siento así como una voz interior que me dice «te la pega, sí, mátala, estrújala, despedázala, ahógala, estrangúlala... ¡Ah! (Con desaliento.)

CORONEL Cálmese V.

D. SANTIAGO Ya tengo ganas de que me la pegue para acabar de una vez.

CORONEL Bah, está V. obsesionado.

D. SANTIAGO Lo estoy, sí señor. Por eso quiero que esto acabe de una vez.

CORONEL No me explico ese deseo.

D. SANTIAGO Veinte años hace que aguardo inútilmente el momento y ya se me acaba la paciencia.

CORONEL Vaya; déjese de tonterías y entre V. en su casa que ya le estará esperando

D. SANTIAGO No entro, no; la mataría

CORONEL Bueno; pues venga V. á mi cuarto y se entretendrá viendo mis colecciones mientras yo escribo una carta.

D. SANTIAGO Bueno, vamos. (Entran en el pabellón de la izquierda.)

ESCENA SEXTA

LORENZO leyendo un papel. Después MARÍA, es una doncella de servicio muy arregladita y muy redicha.

LORENZO Son muy bonitos estos versos. Ese joven escribe muy bien. Bueno; ahora á ver cómo se los envío. ¡Ah! (Viendo á María que sale del pabellón de la derecha) ¡Chis, joven!

MARÍA ¿Me llama V. á mí?

LORENZO Sí, joven, á V.

MARÍA ¿Qué se le ofrece?

LORENZO ¿Usted es callada?

MARÍA Según pa lo que sea, porque siendo mujer y no habiendo nacío muda...

LORENZO Para hacer un encargo y no decir quién se lo manda.

MARÍA Pa eso soy más callá que una lengua en estofao.

LORENZO Así me gustan á mí las lenguas. Bueno: ¿ve V. esto?

MARÍA Sí, un papel.

LORENZO Pues esto hay que dárselo á su se-

ñorita sin que lo vea la mamá y sin que sepa que soy yo quien se lo envía.

MARÍA — Está muy bien. (Se guarda el papel y se queda esperando la propina.)

LORENZO — Pues anda.

MARÍA — Oiga V. ¿Le lleva el correo gratis las cartas?

LORENZO — Es verdad, mujer; toma. (Le da dinero.)

MARÍA — No señor, gracias. (Cogiendo las monedas y guardándoselas).

LORENZO — Que no se entere la madre ¿eh?

MARÍA — Descuide V. (Sale por el foro.)

ESCENA SÉPTIMA

LORENZO, enseguida D.ª FELISA y poco después D. SANTIAGO en la ventana del pabellón de la izquierda.

LORENZO — Ea; ya he empezado. Ahora sólo me falta conquistar á la madre.

D.ª FELISA — (Sale del pabellón de la derecha con una falda en la mano.) ¡Como se ha puesto! (Aludiendo á la falda.)

LORENZO — (Aparte.) La madre. Esta es la ocasión. (Alto.) Señora...

D.ª FELISA — ¿Eh? ¡Ah! ¿Es V.?

LORENZO — El mismo, si V. no manda otra cosa.

D.ª FELISA — No señor.

LORENZO — ¿Va V. á sacudir la ropa?

D.ª FELISA — A darle á la doncella esta falda que se me ha manchado.

LORENZO — ¿Y va V. á molestarse?

D.ª FELISA — ¡Vaya una molestia!

LORENZO — Señora, yo no puedo consentirlo. Venga esa falda. (María la criada saldrá entrando en el pabellón de la derecha.)

D.ª FELISA — ¿Sabe V. quitar manchas?

LORENZO — No; pero ya buscaré yo quien la quite y la prometo que antes de media hora la tendrá usted en su poder.

D.ª FELISA — (Aparte.) Que amable es este chico.

D. SANTIAGO (Asomándose á la ventana indicada) Juraría haber oído la voz de mi mujer.

LORENZO Sí, señora, V. es una señora muy amable.

D.ª FELISA Gracias.

D. SANTIAGO ¿Eh?

LORENZO Yo tengo por V. grandes simpatías.

D.ª FELISA Yo también las tengo por V.

D. SANTIAGO ¡Ella es!

LORENZO Usted no puede figurarse todo lo grande que es esta simpatía, tanto que hacía tiempo buscaba esta ocasión de demostrársela y digo esta ocasión, porque delante de su esposo no me atrevía.

D.ª FELISA Sí, es algo bruto.

LORENZO Bastante.

D. SANTIAGO ¡Juraría que hablan de mí!

LORENZO Ya comprendo que con un hombre así V. no puede ser feliz; la educación de V., su carácter dulce necesitan otro hombre.

D.ª FELISA Yo agradezco mucho sus lisonjas y su galantería y puesto que usted se empeña en llevar la falda, ahí se la entrego. (Dándole la falda.)

D. SANTIAGO ¿Qué le dará?

LORENZO Aseguro á V. que esta prueba de confianza me llena de agradecimiento. Yo mismo, dentro de unos momentos, iré á devolvérsela.

D.ª FELISA Pues le espero. Hasta luego.

LORENZO Adiós, señora.

D.ª FELISA (Entrando en el pabellón) Es muy fino.

LORENZO Ya la tengo medio conquistada.

(Se va muy satisfecho por el foro estrechando la falda.)

ESCENA OCTAVA

D. SANTIAGO y el CORONEL.

D. SANTIAGO (Muy sofocado.) ¿Lo ve V.? Ya llegó el momento.

CORONEL ¿Pero está V. seguro?

D. SANTIAGO Los he oído hablar. Ella le ha dado no se qué, algún mechón de pelo, y el vendrá dentro de un rato á devolverle otro del suyo.

CORONEL Me parece mentira.

D. SANTIAGO A mí no. Lo esperaba.

CORONEL Una señora tan formal.

D. SANTIAGO Todas son muy formales hasta que dejan de serlo.

CORONEL Y el seductor ¿quién es?

D. SANTIAGO Eso es lo que me falta averiguar; pero no tardaré en saberlo. Ah, sí; la ley de las infidelidades tenía que cumplirse. No podía ser por menos. Ah, la voz interior cómo me grita...

CORONEL Cálmese V.

D. SANTIAGO No, si estoy tranquilo, alegre. Por fin después de veinte años de esperar inútilmente, voy á tener el gusto de darveinticinco puñaladas.

CORONEL ¡Qué barbaridad!

D. SANTIAGO Quince á ella y diez á él.

CORONEL Y á ella ¿por qué le dará V. más?

D. SANTIAGO Porque las mujeres propias tardan más en morirse. Déjeme V. solo.

CORONEL De ninguna manera.

D. SANTIAGO Se lo pido á V. por favor, coronel.

CORONEL Oiga V...

D. SANTIAGO Ahórrese V. el ser testigo en el juicio oral.

CORONEL Está V. loco.

D. SANTIAGO Ojalá lo estuviera.

CORONEL Véngase V. á dar un paseo conmigo.

D. SANTIAGO No; mi deber me obliga á esconderme detrás de esa puerta para cuando llegue el seductor cojerle, ahogarle, matarle, despedazarle, triturarle.

CORONEL Vaya, haga V. lo que quiera.

D. SANTIAGO Si que lo haré. (Entra con aire feroz en el pabellón de la derecha.)

ESCENA NOVENA

JULIO que sale muy pensativo al tiempo que ISABEL aparece en la ventana de la derecha, como si fuera una coincidencia buscada por el destino.

JULIO Quiero alejarme y una fuerza misteriosa hacia aquí me envía.

ISABEL ¡Qué versos más lindos! Me ama; no hay duda.

JULIO (Va ir á sentarse al banco que hay debajo de la ventana en que ella se halla y la ve.)
¡Usted!

ISABEL ¡Usted!

JULIO No cabe duda alguna.
Pensaba en su belleza soberana
cuando por dicha mía, la fortuna
la induce á V. asomarse á la ventana.

ISABEL Yo también recitaba en este instante
vuestra carta de amor, en verso escrita.

JULIO Os juro por Beatriz y por el Dante
que me llenáis de asombro, señorita.
¿Que, leíais mis versos?

ISABEL Sí; leyendo
los estaba otra vez.

JULIO (Aparte.) Pues no lo entiendo.
(Alto.) Dó pudísteis hallar la poesía
producto de mi pobre fantasía;
suaves arpegios que la dulce calma
de un amor que despierta al desvarío
va vertiendo sus mieles en mi alma
como en la flor sus gotas de rocío.

ISABEL ¡Qué hermoso es eso!

JULIO Sí, lanza mi lira
notas sublimes que el amor la inspira.

ISABEL ¿Amáis á una mujer?
JULIO Sí; no os asombre;
jamás me ha dado por amar á un hombre.
ISABEL ¿Y es linda vuestra amada Dulcinea?
JULIO Lo mismo que la Venus Citerea.
ISABEL ¿Y es morena?
JULIO Cual negro terciopelo,
y con el pelo igual que vuestro pelo.
ISABEL La querréis siendo tanta su hermosura...
JULIO Con un amor que raya en la locura.
ISABEL ¿Tan grande es ese amor?
JULIO Oh, si, la adoro
como Pablo á Virginia, el Cid á Jimena,
como á la hermosa Angélica Medoro,
como Napoleón... á Santa Elena.
ISABEL ¿Y á que nombre responde vuestra dama.
JULIO Al nombre de Isabel, así se llama.
ISABEL Entonces la mujer que el sueño os quita...
JULIO ¿Aún no habéis sospechado señorita
que sois vos la mujer que yo deseo,
la que en mis sueños delirantes veo,
vos la que al propio sol causais enojos.
porque no luce el sol como esos ojos
que en su aparente y amorosa calma
han encendido el fuego de mi alma?
¿Aún no lo habíais por mi mal notado?
ISABEL Sí, señor; ya lo había sospechado
y á pesar de que ya me lo esperaba
al oírselo á V. no se qué siento,
ni si debo ponerme colorada
ó caer sin sentido en el asiento.
JULIO No os desmayéis, por Dios y respondedme.
¿Encontrará mi amor correspondencia?
No meditadlo mucho, ni tenedme
en tan cruel y lánguida impaciencia.
ISABEL Siento ya que mi rostro se colora
y responder no puedo por ahora.
JULIO Responded sin temor, no sed cobarde.
ISABEL Ahora no puede ser.
JULIO ¿Cuándo?
ISABEL Más tarde.
JULIO ¿Por qué dejarme así, sin saber nada?

ISABEL Porque ahora estoy la mar de avergonzada.

D. SANTIAGO ¿Eh? (Que al salir oye las voces y queda oculto, procurando escuchar.)

JULIO Hasta más tarde, pues, casta Susana
que volveré á entregaros mi sosiego
como Romeo al pie de la ventana.
¿Hasta luego, verdad?

ISABEL Sí; hasta luego

JULIO Haga el Dios del amor, que en esa cita
tengáis menos vergüenza, señorita.
(Ella se mete y él va hacia el foro del escenario.)

ESCENA X

D. SANTIAGO y JULIO.

D. SANTIAGO (Poniéndosele delante.) Ahora el tirano soy yo.

JULIO ¿Eh?

D. SANTIAGO No esperaba cojerle á V. tan pronto.

JULIO Ni yo tampoco lo esperaba.

D. SANTIAGO ¿Supongo que no me negará usted que estaba hablando con ella?

JULIO No, señor, no lo niego.

D. SANTIAGO ¿Y que hace un rato le dió á V. un rizo?

JULIO Eso si que lo niego.

D. SANTIAGO ¿Cómo? ¿No era V.?

JULIO No, señor

D. SANTIAGO ¿Luego V. no es aquél, es otro?

JULIO Naturalmente.

D. SANTIAGO (Paseándose furioso.) ¡Dos! ¡Son dos! ¡La mato! ¡La mato!

JULIO No sea V. bárbaro, que no es para tanto.

D. SANTIAGO Y es claro, como estos mequetrefes van siempre detrás de las mujeres casadas.

JULIO ¿Cómo? ¿Es casada?

D. SANTIAGO Y legítimamente, por desgracia.

JULIO ¡Ay de mí!

D. SANTIAGO ¿Pero V. no lo sabía?

JULIO — No, señor; yo creí que era soltera.

D. SANTIAGO — Pues no; es casada y con una hija tan zángana como V.

JULIO — ¡Horrible desengaño! ¿Fíese V. de las mujeres.

D. SANTIAGO — ¡Yo!

JULIO — ¡Todas son falsas!

D. SANTIAGO — Pero ¿y el otro?

JULIO — ¿Cuál?

D. SANTIAGO — ¿El que habló antes con ella? ¿Tampoco sabrá que es casada?

JULIO — Puede que tampoco ¡adiós! caballero. Rece V. por mí, voy á buscar la muerte donde pueda. (Váse.)

D. SANTIAGO — (Viéndole irse.) ¡Pobre chico! Se conoce que la quería... ¿Pero de qué se habrá enamorado? ¡A que resulta que mi mujer es un buen bocado y yo no lo sabía!... ¡Ah! Pero el otro, el otro es el que á mí me intriga y á ese es al que yo quiero cojer. (Se oculta donde mejor resulte, de donde saldrá en el preciso momento en que Lorenzo vaya á entrar en el pabellón.)

ESCENA XI

D. SANTIAGO, LORENZO con la falda en la mano.

LORENZO — Ya está quitada la mancha. Después de esto la conquista es segura. ¡Los elogios que le va á hacer á la chica de mí! Voy á dársela yo mismo. (Se dirige al pabellón, tropezando con D. Santiago, que se le interpone. Al verle oculta la falda detrás.)

D. SANTIAGO — Alto ahí.

LORENZO — ¡Caballero!

D. SANTIAGO — ¿Dónde va V.?

LORENZO — Pues verá V.

D. SANTIAGO — La mentira es inútil.

LORENZO — Hombre, y yo que creía que era muy útil.

D. SANTIAGO Usted ama á una mujer que me pertenece.
LORENZO Sí, señor ¿á qué negarlo?
D. SANTIAGO ¿Y no le da á V. vergüenza?
LORENZO No señor, la vergüenza sería que le amara á V.?
D. SANTIAGO ¿Y no comprende V. que le costará caro?
LORENZO No he pensado en ello, la verdad.
D. SANTIAGO Mi mujer no será más que para mí.
LORENZO Ya me lo figuro.
D. SANTIAGO ¿Entonces, por qué va V. detrás de ella?
LORENZO Porque irá delante de mí.
D. SANTIAGO No niegue V. que la ama (exaltándose) que la persigue, que quiere usted hacer de mí la irrisión de los necios.
LORENZO Pero si yo á quien quiero es á su hija.
D. SANTIAGO Mentira, ese es un ardid para engañarme.
LORENZO ¡Pero que manía!
D. SANTIAGO ¿Negará V. que quiere conquistarla?
LORENZO Eso no lo niego.
D. SANTIAGO ¡Miserable! (Yendo hacia él furioso)
LORENZO Por Dios, caballero. No se ponga usted así, que todo es una broma; yo soy muy bromista, je, je.
D. SANTIAGO Pues de mi (cogiéndole del cuello) no se burla nadie. (Lorenzo se lleva las manos al cuello con la falda.) ¿Eh? ¿qué es esto?
LORENZO (Aparte.) Ahora va á ser ella.
D. SANTIAGO (Cogiendo la falda y mirándola.) ¡La falda de mi mujer! ¿Negará V. que esta falda es de mi mujer?
LORENZO No señor.
D. SANTIAGO He aquí la prueba de su crimen. Sin duda le ha parecido poco un retrato ó un rizo y le da una falda.
LORENZO Pero si me la dió para quitar una mancha.

D. SANTIAGO Los dos no cabemos ya en el mundo.

LORENZO Parece mentira ¡siendo tan grande!

D. SANTIAGO Con que elija V. la hora y el sitio.

LORENZO ¿Para qué?

D. SANLIAGO Para matarle á V.

LORENZO ¡Hombre! y para eso he de elegir una hora y un sitio, para que me deje V. en el sitio.

D. SANTIAGO No hay remedio. O se bate V. conmigo ó le mato.

LORENZO Va á ser un crimen.

D. SANTIAGO Ni una palabra más. Yo voy á preparar mis pistolas.

LORENZO Escuche V...

D. SANTIAGO Dentro de media hora le habré matado á V. y después á ella. (Sale.)

ESCENA XII

LORENZO, á poco el CORONEL

LORENZO ¡Y me mata! Por que como bruto debe ser más bruto que el que mató á César.

CORONEL ¡Hola pollo! ¿Cómo va eso?

LORENZO Bien, muy bien.

CORONEL Han dado resultado mis consejos ¿eh?

LORENZO Vaya si lo han dado.

CORONEL Me alegro.

LORENZO Como que gracias á sus consejos de V. dentro de media hora iré yo á dárselos á las ánimas benditas.

CORONEL ¿Qué?

LORENZO Pues que se ha enterado el padre.

LORENZO ¿Y qué?

CORONEL Que se ha creído que yo voy por su mujer y quiere matarme.

CORNOEL Haberle convencido de lo contrario.

LORENZO Ya he tratado de convencerle; pero

me pilló con una falda de su mujer, y ahí está el lío.

CORONEL Hombre eso es grave.

LORENZO Pues no veo por qué.

CORONEL Figúrese V. que fuera V. casado y pillara V. á otro con una falda de su mujer ¿qué diría V.?

LORENZO Pues le diría «Que no fuera con faldas» y nada más.

CORONEL Pues hijo, en buen lío se ha metido V.

LORENZO Usted es el que me ha metido.

CORONEL ¡Yo!

LORENZO Sí, señor; porque si V. no me hubiese aconsejado que conquistara á la madre él no me habría cogido con la falda.

CORONEL No hay remedio; V. tiene que batirse.

LORENZO Pero si no se.

CORONEL Ya le daré yo á V. una lección.

LORENZO No puede ser. Quiere que nos batamos dentro de media hora, para tener tiempo de matar á su mujer después.

CORONEL Perfectamente. Le voy á dar á usted una prueba de amistad.

LORENZO ¿Se va V. á batir por mí? De ninguna manera, no debo consentirlo; pero si V. se empeña le dejo ese honor.

CORONEL No es eso.

LORENZO ¿Pues qué, entonces?

CORONEL Seré su padrino.

LORENZO ¿De boda?

CORONEL No señor, de duelo.

LORENZO Es claro; el duelo se despedirá en el cementerio. ¡Dios mío!

CORONEL Valor.

LORENZO Eso se dice muy fácilmente.

CORONEL El hombre debe ser siempre responsable de sus actos.

LORENZO De los suyos, sí; pero no de los demás.

CORONEL Y batirse por una mujer siempre es hermoso.

LORENZO Por una mujer, sí; pero no por una suegra.

CORONEL Yo también me he batido varias veces por cuestión de faldas.

LORENZO Pues bátase V. ahora y así añade usted una falda más al guardarropía.

ESCENA XIII

Dichos y JULIO, foro.

JULIO Voy á verla por la última vez. ¡Ah! (Viéndolos.)

CORONEL Hola Zorrilla.

JULIO Hola coronel. ¿Qué hay joven?

LORENZO Que estoy desesperado.

JULIO Yo también lo estoy.

CORONEL ¿Qué le pasa á V.?

JULIO Que he tenido la desgracia de enamorarme de una mujer casada.

CORONEL ¿Usted también?

JULIO Sí, señor.

CORONEL ¿Y quién es ella?

JULIO La de ese paballón.

LORENZO ¡Caracoles!

CORONEL ¡Atiza! (A Lorenzo) Lo mismo que usted.

JULIO ¿También V.? (A Lorenzo.)

LORENZO Yo, diré á V., la conquistaba pero no me gusta. Yo á quien amo es á la hija.

JULIO ¡Ah! V. conoce á la hija. ¿Luego es cierto?

LORENZO ¿El qué?

JULIO ¿Que es madre?

CORONEL Naturalmente.

JULIO ¡Eso es horrible!

CORONEL ¿Pero no sabía V. que era casada?

JULIO ¡Yo qué había de saber!

LORENZO Pues como se entere el marido le desafía á V.

JULIO ¿Pero el marido está aquí?

LORENZO Toma, ya lo creo; como que quiere matarme á mí.

JULIO ¿De veras?

LORENZO ¡Ojalá fuera en broma!

CORONEL Dentro de media hora se batirá con él.

JULIO ¡Dichoso V.!

LORENZO Pues no veo la dicha.

JULIO ¡Cuánto diera yo por hallarme en su caso!

CORONEL Así se habla.

LORENZO Pues por mí le cedo el puesto.

CORONEL Eso es una cobardía.

LORENZO Sí, señor, lo es, para qué voy á mentir; le tengo mucho miedo á la muerte.

JULIO Yo en cambio la deseo.

LORENZO Pues póngase V. en mi lugar.

JULIO Ojalá fuera posible. Odio á ese hombre ya.

LORENZO También yo le odio.

CORONEL Ea, basta de lamentaciones. Joven (á Julio) sea V. también padrino.

JULIO Con mucho gusto.

LORENZO ¿También V. quiere presenciar mi muerte?

JULIO Así el deber me lo ordena.

CORONEL Vamos á preparar lo necesario. No se amilane V. Eso da mucha fuerza al contrario.

LORENZO No, no me dejen ustedes solo.

CORONEL No le haga V. caso (á Julio.) Vamos.

JULIO ¿Pero no hay medio de evitarlo?

CORONEL No, señor. Le ha pillado con una falda de ella en la mano.

JULIO ¡Ah! ¿La estaba V. pellizcando?

LORENZO ¿Yo?

CORONEL ¿Vamos?

JULIO Sí, señor, vamos.

ESCENA XIV

LORENZO, á poco D.ª FELISA

LORENZO Nada, que no hay remedio.
D.ª FELISA (Saliendo.) ¡El!
LORENZO ¡Ella!
D.ª FELISA Caballero.
LORENZO Señora.
D.ª FELISA Joven, es V. un miserable.
LORENZO Señora.
D.ª FELISA Un embustero.
LORENZO Mire V. lo que dice.
D.ª FELISA ¿Quién le ha dado á V. derecho para decir que es mi amante?
LORENZO Nadie.
D.ª FELISA Entonces ¿por qué lo dice V.?
LORENZO Pero si yo no he dicho semejante cosa.
D.ª FELISA Sí, señor; mi marido me lo acaba de decir y quiere matarme.
LORENZO Pues á mí también me quiere matar.
D.ª FELISA A V. debe hacerlo.
LORENZO Hombre ¿y por qué?
D.ª FELISA Por embustero.
LORENZO Pero si yo no he dicho una palabra; si es él el que se lo dice todo.
D.ª FELISA ¿Y mi falda?
LORENZO El me la quitó.
D.ª FELISA ¿Lo ve V? ¡Ay Dios mío! (Llorando.)
LORENZO Señora, no llore V.
D.ª FELISA ¡Que vida me espera!
LORENZO ¡Pues á mí!
D.ª FELISA A V. ¿qué?
LORENZO La otra vida.
D.ª FELISA Yo me escapo.
LORENZO Y yo también. No me bato. Ahora mismo me voy, tomo el tren y á Madrid.
D.ª FELISA Yo á casa del cura. ¡Dios mío!
LORENZO ¿Qué?

D.ª FELISA Mi marido viene.
LORENZO Huyamos.
D.ª FELISA Sí, sí. (Salen corriendo por el foro.)

ESCENA XV

El CORONEL que sale llevando debajo del brazo unos sables enfundados y JULIO una caja de pistolas.

CORONEL Ea, en marcha.
JULIO ¡Animo!
CORONEL ¿Pero dónde se ha metido?
JULIO No se.
CORONEL ¡Joven! (Llamándole.)
JULIO No contesta.
CORONEL Ese se ha escapado.
JULIO Abundo en ese parecer.
CORONEL Eso es una cobardía.
JULIO También en eso abundo.
CORONEL ¡Que á mí me pase esto!...
JULIO Si que es lamentable.
CORONEL Es preciso ir á buscarle.
JULIO ¿Y por dónde?
CORONEL Yo qué se.

ESCENA XVI

Dichos y D. SANTIAGO con una escopeta, é ISABEL.

D. SANTIAGO ¿Dónde está para matarla?
ISABEL Por Dios papá.
CORONEL ¿Qué es eso?
D. SANTIAGO Mi mujer que se ha escapado.
JULIO ¿Con él?
D. SANTIAGO ¡Cómo!
CORONEL Que al joven tampoco le encontramos.
D. SANTIAGO Pero ¿por dónde se han ido?
CORONEL Yo no lo se.
D. SANTIAGO ¡Ay de ellos como los encuentre! ¡Oh! Por fin se ha cumplido la ley de las fatalidades.
JULIO Esa es la única ley que se cumple siempre.

CORONEL Pero V. ¿por qué sospecha que se ha escapado su mujer?

D. SANTIAGO Porque la dije que rezara sus oraciones.

JULIO ¿Es atea?

ISABEL No, señor; es que la dijo que rezara porque la iba á matar.

D. SANTIAGO Sí; estoy dispuesto á darle quince puñaladas mortales de necesidad y veinte de las otras.

JULIO Esas ya no son de necesidad,

D. SANTIAGO Voy á buscarlos.

ISABEL (Deteniéndole.) ¡No, por Dios!

D. SANTIAGO Déjame; no trates de contenerme ó pagas tu por ella. (Apuntándola con la escopeta.)

ISABEL ¡Jesús!

D. SANTIAGO ¡Ay de ellos si los encuentro! (Sale.)

ISABEL ¡Por Dios! (al Coronel) vaya, V.; no le deje solo.

CORONEL Sí, voy. (Sale.)

ESCENA XVII

JULIO é ISABEL.

ISABEL Nos han dejado solos.

JULIO Tiene á veces el destino caprichos bien extraños.

ISABEL ¿Qué quiere V. decir?

JULIO Lo se todo.

ISABEL Pues V. dirá.

JULIO Se que es V. madre.

ISABEL ¡Jesús!

JULIO Sí; y que ese joven que se ha fugado pretendía á su hija de V.

ISABEL ¿Pero quién le ha dicho á V. esa calumnia?

JULIO Su papá de V.

ISABEL ¡Imposible!

JULIO Hay padres muy indiscretos.

ISABEL Ofender á una señorita sola es una infamia.

JULIO — Jugar con el corazòn de un hombre es mayor infamia.
ISABEL — Usted está loco.
JULIO — El desengaño tal vez me ha trastornado.
ISABEL — ¡Y yo que leía sus versos con tanto gusto!
JULIO — Repito á V. que yo no la he enviado versos.
ISABEL — ¿Tendrá V. valor de negarlo?
JULIO — Si que tengo ese valor.
ISABEL — Esa es una acción cobarde.
JULIO — ¿En qué quedamos?
ISABEL — En que es V. un infame.
JULIO — Y V. una coqueta vulgar.
ISABEL — ¿Yo? ¡Ay, ay! (Desmayándose en los brazos de Julio.)

ESCENA XVIII

Dichos, D.ª FELISA que sale corriendo y el CORONEL sujetando á D. SANTIAGO, que quiere matarla de un tiro á todo trance.

D.ª FELISA — ¡Socorro!
D. SANTIAGO — No te escaparás.
CORONEL — Calma.
D.ª FELISA — (Viendo desmayada á Isabel.) ¡Hija mía!
JULIO — Ese grito es de una madre.
D.ª FELISA — ¿Qué es eso? ¡Mi hija desmayada!
JULIO — Por lo visto, sí.
CORONEL — ¿Que la ha pasado?
JULIO — Un desvarío.
D. SANTIAGO — Suéltela V.
JULIO — (Echándola en los brazos de D.ª Felisa.) Con mucho gusto.
D.ª FELISA — Vuelve en *sí*.
JULIO — En tí, en tí se dice.
D. SANTIAGO — ¿Por qué tutea V. á mi mujer? (Apuntándole con la escopeta.)
CORONEL — (Conteniéndole.) No es que la tutee, es que la corrige.
D. SANTIAGO — ¿Qué ha hecho V. con mi hija?

JULIO — Nada.
D. SANTIAGO — ¿Por qué se ha desmayado?
JULIO — Por que la he dicho que era madre.
D. SANTIAGO — Joven, prepárese V. á morir. (Apuntándole.)
JULIO — Caballero haga V. el favor de apuntar á su esposa.
CORONEL — Pero hombre, V. quiere matar á todo el mundo.
D. SANTIAGO — De modo que no contento con pretender á la madre va V. á la hija también.
D.ª FELISA — ¿A mí?
JULIO — ¡Yo!
D. SANTIAGO — Usted, sí, señor.
JULIO — ¿Pero de dónde saca V. eso.
CORONEL — Aquí sin duda hay un error.
JULIO — Abundo en esa idea.
ISABEL — ¿Dónde estoy? (Volviendo en sí.)
D.ª FELISA — Aquí, hija mía.
D. SANTIAGO — ¿Qué te ha pasado?
ISABEL — Ese infame que dice que yo soy casada.
D. SANTIAGO — Pero ¿de dónde saca V. eso?
JULIO — Usted que me lo dijo.
D. SANTIAGO — ¿Yo?
JULIO — Sí, señor. Antes cuando hablamos.
D. SANTIAGO — Yo me refería á mi mujer.
JULIO — Y yo á su hija.
D. SANTIAGO — ¿Pero V. con quién hablaba cuando yo le ví?
JULIO — Con esa señorita.
D. SANTIAGO — Acabáramos.
JULIO — Perdón, señorita. (Pasando al lado de Isabel, con quien habla en voz baja.)
CORONEL — Gracias á Dios que se van entendiendo ustedes.
D. SANTIAGO — Aún falta que yo le ajuste á mi mujer las cuentas de su amante.
D.ª FELISA — Qué amante ni qué cuernos.
D. SANTIAGO — (Furioso.) No me nombres eso.

CORONEL Vamos á ver ¿V. por qué cree que el otro es amante de su mujer?

D. SANTIAGO Porque le pillé con una falda cuando iba á entrar en nuestro cuarto.

D.ª FELISA Se la dí para que me quitara una mancha.

D. SANTIAGO El no negó que quisiera conquistarte.

CORONEL ¡Ah, vamos, ya caigo! Ese joven trataba de hacerse simpático á usted porque ama á su hija.

D. SANTIAGO ¿Pero eso es cierto?

CORONEL Como que lo hizo por consejo mío.

D. SANTIAGO ¡Jesús!

CORONEL ¿Qué?

D. SANTIAGO ¡Infeliz!

D.ª FELISA ¿Pero qué pasa?

D. SANTIAGO Pues que le he pegado una paliza tremenda.

D.ª FELISA ¡Que bárbaro!

D. SANTIAGO Y después le he tirado al río.

CORONEL ¡Que barbaridad!

(Mientras se habla lo que antecede Julio é Isabel estarán hablando bajo.)

JULIO ¿De modo que es V. soltera?

ISABEL Pues claro.

JULIO ¿Y podrá V. ser mi esposa?

ISABEL ¡Si V. lo desea!...

CORONEL Hay que ir á buscarle.

D. SANTIAGO Sí, sí.

D.ª FELISA ¡Mira que si se ha muerto!...

D. SANTIAGO Cualquiera le salva.

CORONEL Vamos, vamos.

D. SANTIAGO Sí, vamos. (Van á salir cuando se detienen al ver aparecer á Lorenzo.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y LORENZO que sale lo más destrozado posible y chorreando agua.

CORONEL ¡Aquí está!

LORENZO Sí, aquí estoy ¡y en qué estado!

D. SANTIAGO ¿No se ha ahogado V.? (Con interés.)

LORENZO Aún no lo sé.
ISABEL ¡Pobre chico!
JULIO Parece una sardina.
D. SANTIAGO Joven, venga esa mano.
JULIO Se va V. á mojar.
D. SANTIAGO Siento el remojón.
D.ª FELISA Todos lo sentimos mucho.
LORENZO Yo más.
CORONEL Todo ha sido un error.
D. SANTIAGO Que yo soy el primero en lamentar.
CORONEL Y yo el segundo.
LORENZO Seré yo entonces el último. Pero en fin, todo lo doy al olvido si se me concede la mano de esa señorita á quien amo.
D. SANTIAGO Por mi parte...
ISABEL Pues no puede ser.
LORENZO Caramba ¿por qué?
ISABEL Porque estoy ya comprometida. (Señalando á Julio.)
LORENZO ¿De modo que me quedo mojado, estropeado y sin el amor ¡ay! que había soñado?...
(Al público.) Ya véis en qué situación
más ridícula he quedado
por lo mal que ha resultado
un refrán puesto en acción,
y aunque de muy mala gana
he conseguido probar
que no siempre hay que adorar
«Al santo por la peana.»

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La manía de mi amigo.—Juguete cómico, un acto.

Un ardid de enamorado. - Apropósito cómico, un acto.

Caramelos de verano.—Pasatiempo cómico-lírico, un acto.

Al santo por la peana.—Juguete cómico, un acto.

